

TIM GAUTREAUX

el paso siguiente en el baile

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



La Huerta Grande

EDITORIAL

TIM GAUTREAUX

# el paso siguiente en el baile

Traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos



ESLES DE CAYÓN  
2019

Título original:  
*The next step in the dance*  
Traducción del inglés  
José Gabriel Rodríguez Pazos

© De los textos: Tim Gautreaux  
© De la traducción: José Gabriel Rodríguez Pazos

Madrid, noviembre 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-59-4  
DL: M-25558-2019

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28018 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

*A Florence y Minos*



## Agradecimientos

Quiero dar las gracias a John y Renee Grisham por sostener el programa Southern Writer in Residence de la Universidad de Mississippi, que me ha permitido revisar esta novela. Mi esposa, Winborne, y mis hijos, Robert y Tom, merecen ser mencionados por su paciencia y su apoyo. Por sus observaciones sobre el manuscrito, estoy en deuda con Reagan Arthur y Peter Mason. También quiero dar las gracias al National Endowment for the Arts y a la Universidad de Southeastern Louisiana por su apoyo.



El termómetro electrónico del tejado del Tiger Island Bank marcaba treinta y un grados a las nueve de la noche. Cuando Colette salió de la sesión de formación de cajeras, lo miró de pasada y frunció el ceño. Cogió el coche, condujo por delante de los pocos bloques de apartamentos que la separaban de su casa de alquiler y aparcó junto al jardín delantero, donde el amargo aroma de la crecida hierba silvestre hizo que le picara la nariz. Era último miércoles de mes, el día en que tenía que quedarse hasta tarde, porque venía un calvo de Baton Rouge para explicar cómo funcionaban los ordenadores a las chicas que se sentaban detrás de los gastados mostradores de mármol del viejo banco. El calvo era alto, de cuello alargado como el de una gallineta, y lo único que recordaba de sus charlas era cómo le subía y bajaba la nuez, una especie de óseo ascensor de palabras. Entró en la pequeña casa de madera, se sentó en el sofá y se sacudió las semillas que se le habían quedado pegadas a sus pantis negros. Hacía una semana que su marido había prometido que cortaría la hierba. Sonó el teléfono. Era su tía, Nellie Arnaud, que llamaba desde el teléfono del coche.

—¿Colette?

—Sí. —Se imaginó a la tía Nellie atravesando el pueblo en su viejo Lincoln blanco, con su ensortijado pelo teñido de rubio rozando el techo del vehículo.

—No estará ahí Paul..., ¿no?

Colette suspiró.

—¿Y ahora qué pasa?

—Bueno, no es por ser cotilla...

Colette enderezó su estrecha espalda.

—¿Qué?

—Acabo de pasar por delante del autocine, el Silver Bayou Drive-In, y lo he visto llegar acompañado de una señorita.

Hizo un gesto y recordó lo poco que su tía se fiaba de los hombres en general.

—¿Estás segura?

—Los hechos son los hechos.

—¿No sería su hermana Nan?

La tía Nellie soltó una sonora carcajada. Ella ya había enterrado tres maridos.

—Colette... —dijo en tono condescendiente—, Colette...

Colette se podía imaginar a su tía acelerando en dirección a Beewick mientras meneaba la cabeza. Entonces gritó por el teléfono:

—Será lo que sea, pero no es de esos.

Su tía había desaparecido entre una amalgama de interferencias, y Colette observó los paneles que cubrían las paredes y las polvorientas persianas venecianas. Llevaba casada año y medio y había esperado algo mejor a estas alturas. Paul, su marido, trabajaba como una mula, pero también razonaba como una mula y siempre tiraba del arado en línea recta. Era mecánico y quería seguir siendo mecánico. La ambición no era su fuerte. Su retrato sonreía encima de la televisión: cara amplia, no era feo, el mejor pez del estanque, decía la gente. Pero Colette leía *Cosmopolitan* y *Woman's World*, y Tiger Island había empezado a parecerle un estanque pequeño

y turbio. Se puso los zapatos y volvió a coger su pequeño Toyota marrón, que avanzó por River Street hasta donde esta se convertía en una estrecha banda de asfalto que atravesaba un campo de caña de azúcar. A tres kilómetros al sureste del pueblo, vio la enorme entrada con forma de concha del Silver Bayou Drive-In y la parte de atrás de la gran pantalla de chapa, que se difuminaba en la noche neblinosa. Russell LaBat le alargó la entrada con su mano huesuda y pálida, mientras la miraba detenidamente.

—Russell, ¿está Paul ahí dentro?

—¿Qué Paul?

Ella enarcó una ceja.

—El papa John *Paul*.

—No me preguntes secretos y no te diré mentiras.

Puso los tres dólares que le había dado ella en una caja de puros y siguió leyendo el *News on Wheels*.

Ella avanzó por el carril de gravilla de conchas, junto a los coches aparcados. Llevaba las luces cortas, pero su haz amarillento le permitió distinguir a gente conocida, incluso a algunos de sus primos. Después de recorrer de atrás a delante la parcela cubierta de hierba, distinguió a su derecha la *pick-up* de diez años de su marido. Estaba en la primera fila, donde llevaban semanas sin cortar la hierba y el *jonc coupon* y los cardos llegaban a la altura del capó. La película era un rectángulo de color que se elevaba sobre la hierba. Aparcó marcha atrás en una rampa de tierra que había detrás de él. Su marido estaba vuelto hacia una mujer que no reconocía. Antes de que pudiera contenerse, Colette se había bajado del coche y cruzaba el carril con los tacones de aguja torciéndose bajo los pies. Abrió la puerta de la camioneta con tal ímpetu que golpeó la barra de metal que sostenía el altavoz.

—¡¿Qué coño haces con esa?!

Su marido parecía grogui y no demasiado sorprendido. Abrió la boca, de la que lo único que salió fue una somnolienta sonrisa. Levantó la mano como para reforzar con el gesto algo que iba a decir, pero no dijo nada. La joven sentada a su lado apoyó el codo en el reposabrazos, inclinó la cabeza y se llevó la mano a la frente. Entonces, Paul Thibodeaux dijo:

—Esta es Lanelle. Me dijo que no encontraba a nadie que la acompañara al cine.

Colette miró de reojo a la pantalla.

—Es *El tren*, imbécil. Esa película es más vieja que la tos. —Levantó la barbilla amenazante en dirección a Lanelle—. La puede alquilar por un dólar, si tiene tantas ganas de verla.

Un cincuentón con patillas a lo Elvis se asomó por la ventanilla y gritó:

—Colette, cariño, no me dejas escuchar la película.

Ella se volvió como un resorte.

—Mi marido sale con otra..., ¿y quieres que hable como si estuviera en la iglesia?! —Hizo un gesto señalando a la parcela llena de coches cubiertos de rocío—. ¿Te parece esto una iglesia, señor Larousse? ¿Qué iglesia...? ¿La Iglesia Primera de los Cuernos...?

El hombre subió la ventanilla, mientras un coche detrás daba las luces y desde la oscuridad del fondo se oía una voz que decía: «¡Relájate!».

Su marido apoyó en las piernas sus grandes manos de mecánico, con la palma hacia arriba.

—Eh, vamos. Solo íbamos a ver una película...

—Sí, claro, ahora. ¿Y después qué? —Cada vez estaba más enfadada y su voz era cada vez más aguda. A la gente le gustaba mirar a Colette porque era delgada, de piel clara y pelo negro, nariz recta y ojos como pequeñas pacanas empapadas por la lluvia; pero cuando

se enfadaba, su voz era como el diamante sobre el cristal—. ¿Y ahora qué? —chilló—. Ahí me tienes a mí en casa, quitándome cadillos de los pantis porque no te da la gana cortar la puñetera hierba, y aquí estás tú en un autocine viendo películas de nazis con otra mujer.

Se escuchó una voz que venía de dos filas atrás: «¡Cierra el pico, Colette, cariño!».

Ella volvió inmediatamente la cabeza pero no pudo ver quién lo había dicho.

Paul acercó la cabeza a ella:

—Mejor que no montes demasiado follón. Esto está lleno de capullos de Tonga Bend.

—¿Y desde cuándo me dan miedo a mí esas ratas?

Hasta la rubia la miró entonces y le dijo:

—Si quieres que acabemos todos en el hospital, tú sigue hablando así.

Colette asomó la cara en el interior de la *pick-up*.

—¿Y tú qué haces con mi marido?

—Quería ver esta película y no encontraba a nadie que me acompañara.

—Es una película deprimente. ¿Quién iba a querer ver esa basura?

—Colette. —Paul puso una mano en el brazo de ella—. Te prometo que mañana corto la hierba.

La rubia se inclinó hacia él.

—¿Me puedes volver a dejar en el bar, por favor?

Colette se quitó la mano de encima como si fuera una araña.

—¡Así que la recogiste en un bar! ¿Te la traes a un sitio donde te va a ver la mitad del pueblo, mientras yo estoy trabajando?

Al otro lado de la camioneta, un *cowboy* se puso de pie en su descapotable.

—¡Callaos ya de una vez!

—Vuélvete a Texas, si no te gusta mi voz —le dijo Colette.

—He pagado tres dólares para ver la película. ¿Me los vas a devolver?

Su enorme sombrero blanco tapaba un poco de la pantalla y el coche de atrás le dio las luces, así que el *cowboy* se sentó.

—Solo estoy viendo una película con una amiga —dijo Paul.

Colette observó el largo cabello de la mujer y la blusa de seda sobre su abultado busto, y se preguntó cuántas veces habría salido él con otras mujeres, mientras ella hacía paquetes de centavos en el banco después de su horario de trabajo. Sus tacones se hundieron en la tierra del Silver Bayou Drive-In cuando se enderezó y respiró profundamente.

—Se acabó, ¡a la calle! No quiero mentirosos en mi casa. Nos vemos en el juzgado para el divorcio.

Paul sacó medio cuerpo fuera de la camioneta.

—No estamos haciendo nada..., ¡¿me oyes?! Eres tú la que tiene la cabeza metida en un váter.

Una mujer, dos coches por detrás, gritó:

—¡Pues tira de la cadena!

Russell LaBat llegó entonces avanzando con dificultad entre la alta hierba con una linterna en la mano. El responsable de la ajada caseta de bebidas y palomitas desde la que se proyectaba volvió a la vida entre el ronco atronar del tubo de vacío:

—¿Puede, por favor, abstenerse de hacer más ruido el grupo ese de la camioneta Ford?

Dos coches dieron las luces y cuatro empezaron a tocar la bocina.

Colette se echó a llorar:

—Serás cabrón... Como vengas a casa esta noche, te pego un tiro en el pie.

Él empezó a salir del coche, pero ella cerró de golpe y le pilló la pierna. Él profería gritos de dolor mientras ella se alejaba. En un segundo se había subido a su Toyota y salía por el carril derrapando y levantando pequeñas conchas blanquecinas que se estrellaron contra los coches aparcados y una nube de polvo que oscureció la imagen de la parcheada pantalla. Un clamor de gritos, bocinazos, destellos de luz e insultos se elevó desde las filas de coches que se extendían en abanico hacia el pantano de Zeneau.

Colette volvió a la casa alquilada y preparó una taza de té que se bebió muy rápido, a pesar de que estaba ardiendo. Cuando acabó, miró la taza vacía y se preguntó adónde había ido a parar el té. Fregó los platos entre una nube de vapor, como si estuviera castigándolos por sus pecados y miró a su alrededor para ver qué más podía hacer. En el dormitorio, se puso a clasificar la ropa recién lavada sobre el colchón. Cogió el mono del taller de Paul y lo lanzó contra la pared. Dobló sus pantis y sujetadores como si fueran un regalo y los metió en el cajón donde guardaba su ropa interior. Mientras doblaba los calzoncillos de su marido, empezó a pensar en la última vez que habían hecho el amor; se quedó mirando a la cama y dobló lentamente seis pares de calzoncillos y seis camisetas, sujetando el suave algodón entre el codo y el costado. Cogió sus calcetines: todos blancos, exactamente iguales, excepto un par de calcetines negros, que eran los que se ponía para ir a bailar con ella el sábado por la noche y a misa el domingo por la mañana. Estos los apretó con la mano como si quisiera estrangularlos, antes de poner todas sus cosas en un lado. Si algo sabía hacer bien él, era bailar doce variedades diferentes de *jitterbug*. De hecho, Colette pensaba que él bailaba demasiado bien y demasiado tiempo, como si el baile fuera

una droga y nunca tuviera bastante. Se movía de tal manera que la gente se quedaba mirándolo, y a ella no le parecía mal; incluso ella podía verlo bailar durante un par de horas. Pero entonces, acababa cansada de tanto movimiento y de tanto sudor. Algunas veces ella se volvía sola a casa en el coche y lo dejaba en el Big Bayou Club o en el Cypress Dance Hall, hasta que llegaba a las dos de la mañana, apestando a tabaco.

Lo último que recogió de la habitación fue un par de mocasines Thom McAn cuyos talones asomaban por debajo del faldón de la cama. Al coger los zapatos, recordó la primera vez que habían bailado juntos, cuando tenían quince años, en el gimnasio del instituto. Los alumnos de segundo habían contratado una banda de *ragtag* de fuera de Nueva Orleans que tocaba, sobre todo, música disco y, de vez en cuando, algo de *country* o alguna cosa antigua, para que las señoras allí presentes pudieran bailar. Paul se había quedado apoyado contra la pared de bloque, y observaba con recelo aquel baile de mucho contoneo a distancia, mucho agitar los hombros y mucha palmada. Desde primero, el muchacho había llamado la atención de Colette, quien nunca había tenido ocasión de intercambiar más de dos frases con él. Pero sí lo había visto bailar antes. Él procedía de una familia de trabajadores manuales, y una vez le había contado a ella que le habían enseñado a bailar sus tíos jóvenes, cuando la familia iba al Big Gator los sábados por la tarde, a comer nécoras, beber cerveza y menear el esqueleto con la música de una gramola cargada de Van Broussard, Tommy McLain, Rod Bernard y los Boogie Kings, una especie de *rhythm and blues* cajún que solo servía para un *jitterbug* de ritmo medio o un baile lento de bailar pegados.

No pasó mucho tiempo antes de que la banda se pusiera a tocar «Hello, Josephine», y entonces ella se acercó a él y le pidió que le

enseñara a bailar. Él esbozó una sonrisa, como si ella le hubiera preguntado por un combinado secreto de *whisky*:

—Así que quieres aprender a bailar en condiciones, ¿eh?

Y como si llevara esperando quince años a que ella le pidiera aquello, le cogió el extremo de los dedos de su mano derecha y le mostró la estructura del baile. Ella se fijaba en sus lustrosos zapatos mientras él le enseñaba a contar los pasos mentalmente. Le explicó cómo tenía que mantener el brazo rígido al volverse antes de un giro, y practicaron el giro a la derecha, a la izquierda, doble giro y pase por detrás de la espalda. Ella pidió a los músicos que tocaran otra pieza con el mismo compás y esta vez bailaron de verdad entre el movimiento de hombros de sus amigos y dos señoras que intentaban bailar *jitterbug* procurando no pisarse. A Colette le resultaba fácil moverse con él. Cuando se giraba y miraba al suelo, sus pies iban a la par; cuando estiraba la mano, esta encontraba la de él en el golpe del compás. Aquella noche no hablaron, aquella noche bailaron.

A los dos meses volvieron a encontrarse en la pista, en el Big Gator, donde él estaba con sus tías y tíos. Allí lo vio restregar la suela Neolite de sus mocasines sobre harina de maíz y repetir aquel magnífico modo de moverse que le había enseñado a ella. Él empezó a pasarse por su casa y a hacerle pequeñas reparaciones a su padre. Colette admiraba a aquel chico que conseguía que las cosas estropeadas volvieran a funcionar. Se preguntaba qué sentiría alguien a quien nunca derrotaba el misterioso mundo de los mecanismos: secadores de pelo que volvían a funcionar, lámparas que dejaban de zumbiar, automóviles que dejaban de chirriar... Consiguió incluso que su caja de música volviera a sonar, después de ajustar un engranaje del tamaño de un botón y engrasar la espiral con la punta de un palillo. A ella le gustaba su sentido del humor,

aunque rara vez la hiciera reír: lo valoraba porque significaba que era listo. La gente lista —eso decía su madre— acababa triunfando siempre, y Colette quería triunfar.

Arrojó los lustrados zapatos dentro del armario y lo cerró de un portazo, mientras se preguntaba dónde estaría él y qué calzado llevaría. Debía de llevar las botas de trabajo. Esto la tranquilizó un poco. Al menos, no había estado bailando con esa persona con la que lo había encontrado. Se agarró su sedosa melena negra. La observó y entrecerró los ojos mientras pensaba en aquella mujer rubia.

—¡Que le lave ella su ropa grasienta! —dijo en voz alta, tapándose los ojos con la mano.